

UN NUEVO IDEAL, UNA NUEVA VIDA

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

Son numerosas las personas que sienten la necesidad de instaurar una civilización nueva, la *civilización del amor*, frente a la caduca civilización del egoísmo y la insolidaridad. Configurar una forma de humanismo plenamente ajustado al ser del hombre, a su vocación y misión, es un quehacer nobilísimo en el que se hallan comprometidos hoy día muchas gentes en diversos lugares del mundo.

Nada más urgente que abordar esta tarea, porque la humanidad actual se halla en una *situación de encrucijada*: tiene medios sobrados para destruir las bases de todo humanismo que merezca tal nombre y dispone de posibilidades suficientes para instaurar un verdadero humanismo, un modo de convivencia en el que valga la pena vivir y morir.

La realización de esta magna tarea no es fácil; exige toda una *conversión espiritual*, un *cambio de ideales*. Y nada es más difícil para el hombre de hoy que dejar de lado el ideal perseguido durante los cuatro últimos siglos. Para cambiar este ideal se requiere una comprensión profunda de la situación en que nos hallamos, del pasado que la hizo posible y del futuro que se desea proyectar. Si queremos ser creativos respecto al futuro, debemos asumir las posibilidades fecundas que nos ofrece el pasado y liberarnos de toda herencia que perturbe nuestra acción configuradora de un futuro digno del hombre. Esta labor selectiva sólo pueden realizarla personas que estén bien preparadas y tengan ánimo para ejercer la noble función de *guías*. No se puede dejar al azar la formación de *guías* o «líderes». Es una labor muy delicada y compleja que requiere una gran dedicación y esfuerzo.

Para adquirir esa formación debemos colaborar estrechamente todos: investigadores y docentes, jóvenes y mayores. *Los mayores estamos en grave deuda con los jóvenes*. Les hemos transmitido un tipo de sociedad que a los más sensibles les causa desazón. No responde a la nostalgia que sienten por una vida de alta calidad espiritual. Ojalá

que no les fallemos y sepamos ayudarles a descubrir el horizonte de un humanismo auténtico, un modo de concebir y vivir la vida que lleve al hombre a pleno logro.

Con el ánimo de colaborar a esta labor formativa, quisiera analizar ante ustedes dos puntos de la mayor importancia: 1.º *El ideal que perseguimos en la vida decide el sentido de ésta. Si cambiamos el ideal, lo cambiamos todo.* 2.º *Si queremos instaurar una nueva civilización digna del hombre, hemos de orientarnos hacia el ideal de la creatividad, la unidad, la solidaridad.* Realizado este giro, nuestra conducta, nuestra actitud ante la vida, nuestra idea de la realidad y nuestros sentimientos experimentan un cambio muy positivo. Es toda una conversión la que se opera. Analicemos estas cuestiones y veremos que se abre ante nosotros un horizonte insospechadamente prometedor.

QUÉ ES UN IDEAL Y POR QUÉ HAY QUE CAMBIARLO

Un ideal es una meta a conseguir en el futuro, y esta meta está ya en el presente impulsando nuestra existencia. ¿Hacia dónde nos impulsa? Puede llevarnos hacia la creatividad y la unidad. En tal caso nos dota de pleno sentido. Puede, por el contrario, lanzarnos hacia el dominio y el egoísmo. Con ellos nos priva de sentido y nos despeña al absurdo. Figúrense que un padre dice a su hijo: «Debes esforzarte en trabajar para hacer una buena carrera, para ganar mucho dinero y disfrutar de una posición relevante en la sociedad...» Este hombre tiene buena voluntad respecto al porvenir de su hijo, pero lo está orientando hacia el viejo y caduco ideal de *dominar para poseer y poseer para disfrutar*. Imagínense, por otra parte, que un padre o un educador aconseja a un joven de esta forma: «Debes esforzarte en tu preparación a fin de ser eficaz el día de mañana en tu actividad profesional, colaborar al bienestar y felicidad de los demás y configurar una sociedad mejor, más solidaria y más justa.» Este padre o educador muestra con tal consejo que *ha realizado ya el giro hacia el nuevo ideal de la unidad y la creatividad*.

Este giro debemos realizarlo todos porque nuestro natural no nos suele inclinar a adoptar actitudes de apertura y generosidad. Llevamos a la espalda cuatro siglos de Edad Moderna, afanosa de incrementar a ultranza el dominio sobre la naturaleza. Este afán reportó grandes éxitos a la sociedad, pero acabó sumiéndola en el mayor desvalimiento espiritual. Pocos pensadores han percibido esta menesterosidad con mayor viveza que Romano Guardini, el gran guía de la juventud alemana de los años veinte, en el clima adusto de la posguerra. Cuántas veces nos advertía en clase que el hombre moderno aumentó al máximo el poder sobre la realidad, pero no se cuidó de adquirir poder sobre ese poder. Esta falta de una *ética del poder* pone en grave peligro la convivencia humana. Por esta profunda razón, la labor intelectual y pedagógica de Guardini se dirigió a disponer los espíritus para que diesen el *salto a una nueva actitud*. Veo en el horizonte —anunciaba— un nuevo tipo de hombre que no rechazará la técnica, sino que la hará más espiritual, más profundamente humana;

que no intentará dominar la naturaleza para ponerla a su servicio, sino que dialogará con ella ¹.

A más de medio siglo de distancia, esta premonición esperanzada de Guardini está lejos de haberse cumplido. No ha surgido todavía la nueva época que él veía llegar, pues la humanidad se resiste a abandonar el viejo ideal del dominio, a pesar de que ya no puede creer en él. Esta incoherencia provoca verdaderas devastaciones espirituales ².

ESTAMOS EN UNA SOCIEDAD DESCONCERTADA Y MANIPULADORA

Cuando se orienta la vida hacia un ideal en el que no se tiene esperanza, se produce un cortocircuito en el espíritu y se provoca una radical inseguridad. El hombre que se siente inseguro pero no cambia el ideal de la posesión por el de la creatividad cae en la ilusión de pensar que, si aumenta el dominio sobre cosas y personas, puede adquirir la seguridad de que carece. Esta falsa ilusión inspira la *tendencia manipuladora* de la sociedad contemporánea, porque la manipulación de los espíritus permite conseguir un dominio rápido, contundente, masivo y fácil sobre personas y pueblos.

Cuando se inicia a buen paso la tarea de instaurar un nuevo humanismo, conviene hacerse cargo muy reflexivamente de que debemos luchar contra una circunstancia muy adversa: *nos movemos en una sociedad desconcertada y manipuladora*. La sociedad actual carece de norte hacia donde orientarnos con el fin de hacer fecunda nuestra vida, pero no por ello se muestra discreta y nos deja libertad para hacernos luz por nuestra cuenta. Quiere troquelar nuestro modo de vivir, de pensar, sentir y querer con objeto de tenernos a su merced.

Este troquelamiento *destruye de raíz nuestra libertad*. ¿Cómo es posible que los afanosos de poder convenzan a las gentes de que son más libres que nunca al tiempo que las despojan de la única auténtica forma de libertad, la *libertad para ser creativo en la vida*? El procedimiento es tan sencillo como siniestro. Se halaga la tendencia que tenemos a considerar lo *agradable* como el *ideal* de la vida y a procurarnos gratificaciones inmediatas. Se nos concede todo tipo de libertades para entregarnos a experiencias de vértigo o fascinación. Se fomenta nuestro afán de poseer y tener y la apetencia de impresiones halagadoras, de experiencias embriagantes y evasivas. Esta entrega al vértigo nos da en principio una impresión de autenticidad porque produce exaltación, sentimiento que a menudo confundimos con entusiasmo y felicidad, pero en realidad nos quita la *libertad para ser creativos*. Nada más importante que conocer de cerca el proceso de vértigo y éxtasis para sopesar todas sus consecuencias.

¹ Cf. *Briefe vom Comer See*, M. Grünewald, Maguncia, 1927, ⁴1956, pp. 87-89.

² Este tema es explicado en mi obra *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Rialp, Madrid 1990, pp. 171 y ss.

EXPERIENCIAS DE VÉRTIGO Y ÉXTASIS

En la espléndida película de L. Dreyer *Dies irae*, una joven y un joven, unidos por un amor imposible, se acercan a un lago y saltan a un pequeño bote. «¿A dónde vamos a ir?», pregunta el joven. Su amada responde con infinita tristeza: «A donde nos lleve la corriente.» En este lago apacible no había corrientes capaces de arrastrar una barca. La joven alude, obviamente, a la situación espiritual de vértigo en la que ambos habían perdido todo control. «¿A dónde vamos? A donde nos lleve la corriente.» *He aquí la fascinación del vértigo.*

Si adopto en la vida una actitud egoísta, tiendo a polarizar todo cuanto me rodea en torno a mi yo y reducirlo a medio para mis fines. Cuando encuentro una realidad que me atrae poderosamente porque me promete gratificaciones inmediatas, me siento llevado por una especie de fuerza de gravitación a dominar tal realidad para ponerla a mi servicio. Dominar lo que me encandila me seduce, me arrastra y fascina. Esta fascinación conmueve mi ánimo, lo sacude, lo exalta porque parece abrirlo a experiencias de gran riqueza. Nada hay que conmueva tanto la sensibilidad del hombre egoísta como verse a un paso de dominar aquello que enardece sus instintos.

Esta exaltación primera se trueca bien pronto en decepción porque mi unión con una realidad reducida a *objeto de dominio* no significa un encuentro y no me perfecciona como ser humano. Sabemos que el hombre es un «ser de encuentro» que se constituye, desarrolla y perfecciona fundando modos valiosos de unidad con las realidades que le rodean. Si no me encuentro, no vivo como persona. Al tomar conciencia de que no estoy en camino de plenitud, siento tristeza. La tristeza es un sentimiento que sigue inexorablemente a la conciencia de estarse empobreciendo. Cuando este empobrecimiento se realiza una y otra vez, porque adopto siempre la misma actitud egoísta, mi vida personal se anula y pierde todo sentido. Cuando me asomo a este vacío de mí mismo, experimento esa forma de *vértigo espiritual* que llamamos angustia. Si la angustia es irreversible, porque no me es ya posible superar la actitud de pasividad a que me arrastra el vértigo, veo cerradas todas las salidas hacia mi plenitud de hombre y caigo en la *desesperación*. La desesperación es una enfermedad mortal —según Kierkegaard— que supone el bloqueo absoluto de la vida del espíritu, pero no extingue la luz de la conciencia; permite asistir a la situación de asfixia espiritual en que uno se halla. El sentimiento de desesperación suscita en mi interior una tremenda amargura y me conduce rápidamente a la destrucción, destrucción moral o incluso física, destrucción mía en el suicidio o de otros en el homicidio.

El vértigo es un proceso espiritual que no pide nada en principio; tan sólo me sugiere que me deje llevar de mis pulsiones instintivas; me lo promete todo y me lo quita todo al final.

Pero veamos la otra parte del díptico: el proceso de éxtasis o creatividad. Si no soy egoísta, sino generoso, no me dejo llevar del afán de dominar aquello que me

resulta atractivo; más bien lo respeto en lo que es y en lo que está llamado a ser; lo tomo como posible *compañero de juego* en la vida, no como medio para mis fines. Esta actitud acogedora y respetuosa permite que esa realidad y yo entreveremos nuestros ámbitos de realidad, nos ofrezcamos mutuamente diversas posibilidades de juego creador y entremos en relación de *encuentro*. Al encontrarme, perfecciono mi ser y, en la misma medida, siento *alegría*. La alegría acompaña siempre a la conciencia de haber alcanzado una cota de plenitud o de estar en camino hacia ella. La alegría florece en *entusiasmo* cuando me encuentro con una realidad muy valiosa que me eleva a lo mejor de mí mismo. Si interpreto al órgano un coral de Bach, prodigio de paz y hondura, siento entusiasmo porque estoy configurando una realidad perfecta que me enriquece en grado sumo. Yo configuro el coral y el coral me configura a mí. Este tipo de *experiencias reversibles* llevan al hombre a la plenitud de su vida personal y, en la misma medida, despiertan sentimientos de entusiasmo. El entusiasmo de la experiencia estática responde a una sensación interior de riqueza, polarmente opuesta al vacío que provoca el vértigo. Ello explica que el entusiasmo inspire e impulse en el hombre actividades que llevan a la *edificación* de la personalidad propia y de la ajena. Este sentimiento de entusiasmo no se reduce a una exaltación conmovedora y fugaz. Es la sensación jubilosa de estar instaurando una vida personal auténtica y desbordante a través de un encuentro fecundo.

El éxtasis es un proceso espiritual que al principio te lo exige todo, te lo promete todo y te lo concede todo al final. ¿Qué exige el éxtasis? Una actitud básica de generosidad y desinterés. No me dirá el lector una sola acción creativa que no lleve en la base cierta dosis de generosidad. Una actividad deportiva, si carece de generosidad, degenera enseguida en *pura competición*; deja de ser éxtasis para convertirse en vértigo. El amor conyugal, si está inspirado en el mero interés, se reduce a *puro erotismo*, que va unido con el afán de dominio propio del vértigo.

Si los procesos de éxtasis y vértigo son opuestos en su trayectoria, lo son también en sus *consecuencias*. El vértigo destruye paulatinamente las bases de la creatividad en cuanto hace imposible al hombre encontrarse con las realidades de su entorno; amengua al máximo o anula del todo la sensibilidad para los valores; impide fundar modos relevantes de unidad con las realidades circundantes y hace imposible así, de raíz, la cultura. El éxtasis fomenta la creatividad, afina la sensibilidad para los valores; funda modos valiosos de unidad con las realidades del entorno; promueve la cultura y la vida de comunidad auténtica.

EXPERIENCIAS DE ÉXTASIS Y CIVILIZACIÓN DEL AMOR

He aquí la razón profunda por la cual, si queremos configurar una *nueva civilización*, la *civilización del amor*, frente a la del egoísmo y la discordia, tenemos que dar un giro espiritual y cambiar el ideal que nos precipita en el vértigo por el ideal que nos eleva al éxtasis. El proceso de vértigo exalta, pero destruye. El proceso de

éxtasis exulta y construye. Si tomamos como ideal en la vida realizar experiencias de éxtasis, estamos en el buen camino hacia una civilización *auténticamente* humana.

Aquí podría preguntarse el lector por qué la civilización surgida de las experiencias de éxtasis es la *auténtica*. Hace bien en cuestionarlo, ya que la elección de ideal es decisiva y no podemos realizarla de forma arbitraria. Si yo propusiera el ideal de la unidad y solidaridad solamente porque responde a mi gusto o inclinación personal, este ideal no sería vinculante para los demás. Por fortuna no es así. Yo concedo la primacía a dicho ideal por estar convencido de que *responde al ser mismo del hombre*. La realidad es la que manda, no nuestros gustos personales. Y hoy sabemos, por la ciencia biológica más reciente y cualificada, que el hombre es un ser que se constituye, desarrolla y perfecciona creando relaciones de encuentro con las realidades del entorno.

Por ser el hombre un «ser de encuentro», se realiza mediante el ejercicio de la actividad creadora. Esta actividad tiene el mismo carácter que el hombre: es abierta y dialógica. Para ser fecundos en el aspecto biológico debemos contar con una persona de otro sexo. Yerma (protagonista del drama homónimo de Federico García Lorca) se rebeló contra esta ley de la fecundidad cuando se convenció de que no encontraba a su alrededor posibilidades para el encuentro personal. Si queremos ser creativos en el nivel personal, debemos entrar en relación con otras realidades y recibir activamente las posibilidades que ellas nos ofrecen. Contra esta exigencia de la creatividad nos rebelamos todos cuando somos egoístas y nos clausuramos en nuestra soledad. Al hacerlo actuamos a contrapelo de nuestro ser y lo falseamos, pues, como muy bien escribió el poeta inglés John Donne, *los hombres no son islas*. El que se empeña en serlo y se aísla hoscamente se lanza por la vía del vértigo y se entrega a la destrucción. El que se abre a los demás generosamente se adentra por la vía del éxtasis, que lleva al hombre a la plenitud.

Vemos ahora con claridad que el ideal del aislamiento egoísta bloquea al hombre y lo asfixia. Por el contrario, el ideal de la entrega oblativa lo eleva a su cota más alta de perfección. He aquí cómo el cambio de ideal lo cambia todo. Es el segundo tema que nos propusimos tratar. Si el ideal de nuestra vida consiste en fundar los modos más altos de unidad, todo en nuestra existencia se transforma, se orienta hacia la plenitud de nuestro ser personal, se pone en verdad, cobra sentido, se orla de belleza.

EL CAMBIO DE IDEAL TRANSFORMA TODA LA VIDA

1. *La actitud fundamental*. Tomar como ideal la fundación de modos elevados de unidad significa en primer término cambiar la *actitud fundamental* ante cuanto nos rodea. En vez de dominar, se respeta; en lugar de reducir el valor de las personas, se lo mantiene y fomenta. Mi meta ya no será tenerte a mi merced, como medio para

mis fines, sino reconocer tu autonomía personal que te permite ser un posible colaborador en mi vida.

2. *La conducta.* Al cambiar mi actitud básica se altera toda mi *conducta*. Al no intentar dominarte, sino colaborar contigo, no me dirijo a ti con altanería, sino con sencillez; no me cierro en la soledad de mi egoísmo; me abro a tu vida con generosidad de espíritu y con agradecimiento. Esta apertura generosa y agradecida a lo que me rodea me lleva a estar a la escucha de cuantos valores me inviten a asumirlos en mi vida. Este atento escuchar hace posible dar una *respuesta positiva* y hacerse en rigor «responsable». La persona que sabe responder a la invitación de un valor se hace *responsable* de las consecuencias de tal respuesta. El que no responde a los valores es un irresponsable.

La responsabilidad, así entendida, implica disposición al sacrificio, porque lo valioso sólo puede ser asumido en su vida por quien cumple determinadas exigencias, que en el fondo implican una actitud de generosidad. Haber perdido el sentido del sacrificio debe ser calificado como una de las mayores calamidades del siglo xx. Desde hace dos siglos se viene interpretando todo sacrificio como una represión y una amputación del verdadero ser del hombre. Es éste un error que puede destruir de raíz la vida del espíritu. Tanto más necesario es subrayar que todo sacrificio implica una jerarquización de dos o más valores. No supone, por tanto, una pérdida, sino el ascenso a un nivel superior de realización. Saber distinguir lúcidamente los diversos valores y conceder la primacía a los más elevados constituye el núcleo de la virtud humana de la responsabilidad.

3. *El poder de iniciativa.* Al cambiar el ideal adopto una conducta responsable. Este cambio de conducta me hace pasar de una posición indolente, pasiva, comprometida, a otra activa, emprendedora, desbordante de iniciativas, porque, al tomarme respetuoso y disponible para lo valioso, puedo *encontrarme* con cuanto encierra valor: personas, comunidades, lenguaje, instituciones, obras culturales, paisaje, etcétera. Mi vida, con ello, se dinamiza, adquiere vigor, ya que el encuentro es fuente de energía, decisión, sentido, belleza y luz.

4. *La jerarquización de los valores.* Esta luz me permite ordenar debidamente mi escala de valores. En adelante, el valor que orientará mi vida no será el logro de gratificaciones fáciles, goces inmediatos y fugaces, sino el *ascenso a lo mejor de mí mismo*, ascenso que se da al crear modos valiosos de unidad. El mayor empeño de mi existencia consistirá en *jerarquizar los valores*. Lo agradable es un valor ciertamente, pero no el más alto; para tener pleno sentido debe ser integrado en el proceso de realización personal.

5. *La idea relacional de la realidad.* Al cambiar mi idea del rango de los valores *cambia mi idea de la realidad*. Este cambio es decisivo para mi desarrollo como

persona. Si el *encontrarse* con una realidad encierra un valor mucho más elevado que el *dominarla*, pondré singular empeño en descubrir las condiciones del encuentro y veré con toda nitidez que no es posible encontrarse con *objetos*. Con objetos es posible yuxtaponerse o chocar. Este bolígrafo está yuxtapuesto a la mesa, pero no se encuentra con ella. Si lo arrojó con fuerza contra ella, se produce un *choque*, no un encuentro. El choque con una persona se reduce a una colisión de dos cuerpos. Si, una vez repuesto de la conmoción, ofrezco mis disculpas a la persona con que he tropezado, se inicia ya una relación personal. En caso de que se trate de un amigo, le saludo efusivamente y, sin duda, nos reímos ambos del incidente. Con ello acrecentamos el encuentro. El encuentro sólo se da entre realidades dotadas de iniciativa, capaces de ofrecer posibilidades de juego y asumir las que les son ofrecidas. Estas realidades las denomino «ámbitos de realidad»³.

Una persona es un *ámbito*, no un *mero objeto*. Es, como los objetos, delimitable, asible, pesable... Pero no se reduce a objeto, porque supera la delimitación corpórea. Con una cinta métrica puedo medir lo que tú abarcas de alto y ancho, pero lo que abarcas como persona no puedo medirlo. En el aspecto afectivo, estético, ético, religioso, profesional, ¿a dónde llega tu radio de acción? Ni siquiera tú mismo podrías determinarlo de modo preciso. El hombre abarca cierto campo, es un *ámbito de realidad*. Por eso puede entreeverarse con otros hombres y fundar encuentros.

Pero no sólo con otros hombres, sino con todas las realidades que le ofrecen posibilidades de juego creador, por ejemplo, un instrumento musical. El pianista es un campo de posibilidades de crear música; el piano es un campo de posibilidades de producir sonidos. La partitura es un campo de posibilidades de configurar formas musicales. Al entreeverarse estos tres campos de realidad, tiene lugar un encuentro y el fruto del mismo es la obra musical. La obra musical, bien entendida, no es un objeto, por excelente que se lo suponga; es el *punto de confluencia* de diversas realidades que se van al encuentro. Esa obra artística es una realidad *relacional*; es *fruto de una relación fecunda, creativa. En cuanto tal, es única en el mundo*⁴. Toda realidad que es fruto de un encuentro es única aunque haya millones de realidades semejantes. Un ser humano no es mero *producto* de un proceso de producción. Es *fruto* de un encuentro personal amoroso. Por eso no se reduce a un número de la especie hombre. Tiene nombre propio; es único, incanjeable, insustituible.

No es difícil imaginarse el alto rango que adquieren, vistos de este modo, los seres del universo. Pensemos, por ejemplo, en un trozo de pan. Un trozo de pan es el producto de un proceso de producción. Sin duda. Pero el pan se elabora a base

³ Sobre el sentido y alcance de este término pueden verse mis obras *Estética de la creatividad*, Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1987²; *Vértigo y éxtasis. Bases para una vida creativa*, PPC, Madrid, 1987.

⁴ «Vuelve de nuevo a ver las rosas —dijo el zorro al principito—, comprenderás que la tuya es única en el mundo.» «El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.» Cf. A. DE SAINT EXUPÉRY, *El principito*, Alianza Editorial, Madrid, 1972², pág. 86.

de ciertos frutos de la tierra, entre ellos el trigo. Pongo un sencillo grano de trigo en la palma de mi mano. ¿Hay alguien en el mundo que pueda producir este grano de trigo? En una tarde se pueden producir millones de bolígrafos y miles de coches. Pero un grano de trigo no madura en una tarde. El trigo no se fabrica. El campesino recibe de sus mayores el arte del laboreo de la tierra y una cantidad de semillas. Deposita éstas confiadamente en la madre tierra y espera. Espera a que la lluvia empape la tierra y sirva de vehículo a las sustancias nutritivas y que el sol dore la mies. Cuando se da la confluencia de campesino, semilla y tierra, lluvia y sol, y océano que evapora el agua, y viento que la arrastra en forma de nube..., un buen día sucede el milagro de que sobre los campos granen las espigas y madure el trigo. Este sencillo grano de trigo es el fruto de una confluencia que bien podríamos denominar *encuentro*. Y, por serlo, está cargado de simbolismo, es decir, remite a las realidades que han entreverado sus posibilidades fecundamente.

Algo análogo puede decirse del vino. Por eso ambos, pan y vino, son tan adecuados para simbolizar la amistad humana en una comida de hermandad. El padre de familia invita a un amigo a comer. Toma el pan, lo parte, lo reparte y comparte. Y escancia el vino en la copa del huésped. Vino y pan simbolizan perfectamente la amistad compartida porque ellos son ya previamente el fruto de un encuentro.

Esta manera de ver las realidades como puntos de confluencia de diversos seres amplía y profundiza nuestra concepción de los seres con los que debemos tejer nuestra vida. Asombra pensar en el horizonte de posibilidades que se abren a nuestro poder creador de relaciones valiosas si acertamos a ver cuanto nos rodea en todo lo que implica. El gran filósofo y dramaturgo francés Gabriel Marcel confiesa en su *Diario metafísico* que al comienzo de la Primera Guerra Mundial, en la que ejercía un papel de intermediario entre los caídos y sus familiares, un soldado se reducía para él a un nombre en una ficha, a la que se agregaba una cruz cuando el soldado fallecía. Al entrar en contacto con sus familiares, este nombre desconocido cobró vida, se adensó en multitud de relaciones. Era el hijo de estos padres angustiados, el esposo de esta mujer abatida, el padre de estos huérfanos desvalidos. Merced a este enriquecimiento del lenguaje, la idea que tenía Marcel de cada una de las vidas humanas comprometidas en el horror de la guerra sufrió un cambio radical. *Cada vida era algo único, insustituible, incomparable*. Ninguna madre que perdía a un hijo podía ser consolada por la idea de que le era posible tener más. El hijo perdido faltaría para siempre y no cabía canjearlo por ningún otro.

Este modo de ver las realidades como únicas, como fruto de un haz de relaciones que sólo se da una vez en la historia, perfecciona nuestra capacidad de valorar la vida cotidiana y sus acontecimientos en todo su alcance. Al valorarlos debidamente, nuestra vida puede convertirse en un tejido de encuentros y, consiguientemente, en un campo de fiesta, pese a la dureza de la existencia cotidiana.

6. *Un modo nuevo de valorar la vida*. Al cambiar el ideal cambia también nuestro modo de valorar y estimar la vida. Si vemos cada vida humana, incluso la más

humilde, como fruto de un encuentro irrepitible, la valoramos como algo insuperable.

¿Sabe el lector por qué no se suicidó Beethoven? En su testamento de Heiligenstadt, escrito en plena juventud cuando creyó morir, Beethoven confiesa que hubiera puesto fin a su vida innumerables veces, debido a la tragedia de su sordera incurable, si no fuera por su amor al arte musical y a la virtud. Tanto las virtudes éticas como la creación artística se hallaban en Beethoven íntimamente vinculadas con su fe en el hombre y en el Creador de todos los dones. Él tenía conciencia de ser un genio, pero su genialidad no se la atribuía a sí mismo, sino a la bondad del Creador. Beethoven vivió siempre en actitud de diálogo, humilde y reverente, y no rompió nunca amarras ni con Dios ni con los hombres. «A mí se me ha dado —confesó en una ocasión— el don de vivir en un mundo de inmarcesible belleza, y la tarea de mi vida consiste en transmitir a los hombres un reflejo de tal belleza a través de la forma de lenguaje que domino, que es el musical.» Pocos años antes de morir, cuando se hallaba en una situación penosa —completamente sordo, lo que constituye una tragedia para un músico genial; casi del todo ciego, debido a una conjuntivitis mal curada; arruinado económicamente; incluso devaluado en el aspecto artístico—, Beethoven se retiró a una aldea de la frontera austrohúngara para «rendir un homenaje de agradecimiento y alabanza al Supremo Hacedor». El fruto de este retiro fue una de las más altas cimas del arte universal: la *Misa Solemnis*. Siente uno, en verdad, un escalofrío de emoción al ver de cerca tipos humanos como éste, que son fuente de sentido y de belleza. Pero —no lo olvidemos— esta belleza y este sentido tienen su origen en el encuentro, en la unidad profunda con lo valioso.

Volvemos de nuevo a la idea inicial: cambiado el ideal, cambia todo en la vida. Se transforman las actitudes, la conducta, el talante, la idea de realidad, el rango de los valores, el modo de valorar la vida y sus acontecimientos. Estos cambios se realizan porque el hombre se halla orientado decididamente hacia la realización del gran ideal de su vida: fundar modos valiosos de unidad, es decir, modos de encuentro. Todo encuentro es un campo de juego, y el campo de juego es un campo de iluminación, porque el juego se realiza a la luz que él mismo alumbra.

7. *El perfeccionamiento de la vida intelectual.* Esta luz permite al hombre realizar otro cambio decisivo: el de su vida intelectual. El que ansía el encuentro ama y respeta la realidad y, en consecuencia, deja de pensar de modo inadecuado y estudia cada realidad y acontecimiento con los conceptos y términos que le son adecuados. Una persona que tiene como meta el fundar ámbitos de vida se guarda muy bien de afirmar, por ejemplo, que «la mujer tiene un cuerpo y hay que concederle libertad para disponer de ese cuerpo y de cuanto en él acontezca». Esta frase condensa el decálogo de razones que esgrimió cierto ministro de Justicia para legitimar la introducción de una ley abortista. Olvidó que el cuerpo no es un *objeto* y no puede ser *objeto de posesión* ni de libre disponibilidad. El cuerpo no lo posee el hombre, ni el varón ni la mujer. El cuerpo es tan personal como el espíritu. No es, por tanto, susceptible de posesión. La vida naciente, por su parte, es fruto de un encuentro, no

mero producto de un proceso de elaboración. Por eso no pueden poseerla y disponer de ella quienes se encontraron y le dieron origen.

El hombre afanoso de realizar encuentros auténticos afina la vida intelectual y evita con sumo cuidado malentender como *dilemas* ciertos esquemas mentales que no son sino *contrastes*. No pensará nunca que hay que escoger entre los criterios que fraguamos en nuestro *interior* y las normas que nos vienen propuestas *de fuera*. Su propia vida creativa le advierte que un ser humano se hace *autónomo* de verdad cuando es *heterónomo*, es decir, cuando asume normas, criterios de acción y valores que le vienen sugeridos desde el exterior y le son en principio distintos y distantes, externos y extraños, pero pueden llegar a serle *íntimos* si los asume activamente como reglas de juego.

El hombre que toma por meta en la vida encontrarse con realidades valiosas rehúye convertir en *ideas motrices* o *ideales* ciertas ideas —por ejemplo, la de cambio— si no cuenta con razones suficientes.

Pensar con rigor y expresarse de forma precisa y adecuada a cada modo de realidad constituye un arte, que debe ser aprendido y ejercitado. Para que este ejercicio y aprendizaje sea posible se requiere el estar orientado hacia la creatividad, no hacia el dominio. He ahí por qué profunda razón *el conocimiento riguroso y la vida creativa se potencian mutuamente*.

8. *El cultivo de las virtudes*. Una vez cambiado el ideal se pone en forma la vida intelectual auténtica. Al ponerla cae uno en la cuenta de que para fundar unidad verdadera hay que ajustarse a las exigencias de las realidades con las que deseamos encontrarnos. Para encontrarme contigo debo ser veraz, sincero, fiel, sencillo, abierto, magnánimo. Si no soy veraz, indico que no quiero compartir contigo mi intimidad. Tú no confías en mí, te alejas. Este alejamiento hace imposible el encuentro.

Vistas con todo rigor, las diferentes virtudes son poderes o capacidades; son modos distintos de *tener en forma la capacidad de fundar modos valiosos de unidad*. La fidelidad, la veracidad, la paciencia, la imaginación creadora, el orden, la fortaleza, la generosidad, el silencio, la piedad, la magnanimidad... son formas distintas de vivir la *solidaridad en el amor*. Contra lo que se viene afirmando desde hace dos siglos, las virtudes no son actitudes de espíritus pacatos. Son las condiciones básicas de la creatividad humana.

Al cambiar el ideal cambia nuestro modo de actuar y adquiere una facilidad especial para encarnar en cada acción la meta anhelada.

9. *El trueque de sentimientos*. Esta nueva orientación espiritual altera la gama de los sentimientos humanos. Al cambiar el ideal del dominio por el de la unidad, el hombre ve cambiados felizmente sus sentimientos: la exaltación se trueca en exultación, la tristeza en alegría, la angustia en entusiasmo, la desesperación en felicidad, la amargura en júbilo festivo, el desvalimiento en amparo...

La única forma de amparo propio del hombre no la logra éste a través del dominio creciente de cosas y personas, sino mediante la entrega confiada a lo valioso. Hay confianza cuando se tiene fe en el otro, en su fidelidad. El que confía en otra persona le hace confidencias y éstas engendran intimidad, encuentro. En el encuentro íntimo las personas se ajustan y potencian porque se descortezan e intercambian su savia íntima, como en un injerto. Superan con ello la escisión que media entre el dentro y el fuera, lo mío y lo tuyo, cuando se persigue el ideal del dominio y la posesión. Tal superación hace posible una unión relevante que confiere al hombre amparo, el amparo peculiar que otorga la conciencia de sentirse fecundo. Esta forma de amparo, al ir basada en la confianza, implica el riesgo de la traición. Es una ley o constante de la vida humana que a toda forma de creatividad va aneja alguna dosis de riesgo.

Los sentimientos encierran gran importancia por ser detectores de los valores o antivalores que asumimos y de la orientación —positiva o negativa— que sigue nuestra vida. Los sentimientos que suscita el proceso de éxtasis son signo del ascenso del hombre a la fundación de modos elevados de unidad. Nada más importante en la formación humana que fomentar al máximo el sentimiento de entusiasmo por los valores y conceder la debida importancia al júbilo interior que produce el acoger una realidad relevante que nos invita a asumir los grandes valores que encierra.

10. *La promoción de guías o líderes.* Una de las tareas del nuevo humanismo y la nueva civilización consiste en revalorar la emotividad bien entendida: la serie de sentimientos que suscita nuestro ascenso al pleno desarrollo. Si nos hacemos cargo de que sentir entusiasmo ante los valores es un gran bien, tenderemos a suscitar dicho sentimiento en los demás. Todo bien es difusivo; tiende a irradiarse y expandirse. Lo bueno, como lo bello y lo verdadero, ansían ser participados. El que ya participa de ellos se esfuerza en adquirir las habilidades necesarias para su transmisión fiel y sugerente. *Se convierte en guía.*

Entre tales habilidades figura el saber expresarse de modo preciso y persuasivo. La *precisión* se deriva del rigor en el pensar, del ajuste del pensamiento a los pliegues de la realidad. El *poder persuasivo* pende de la capacidad apelante de los valores transmitidos. Si yo asumo activamente los valores y mi lenguaje es expresión viva de tal asunción, todas mis palabras estarán cargadas de vibración espiritual. Lo que diga como fruto de una experiencia valiosa suscitará en los demás el ansia de realizar tal experiencia por cuenta propia.

Ese discurso preciso y persuasivo debe estar bien articulado y no realizar saltos en el vacío. Esa articulación es posible llevarla a cabo si se profundiza en los procesos espirituales. Puedes haber hecho la experiencia de la alegría, el entusiasmo, la felicidad y el amparo que suscitan los procesos de éxtasis. Si no captas la relación que media entre estos sentimientos y su vinculación al ideal de la creatividad, no serás capaz de mostrar a los demás el papel que cada uno de tales sentimientos juega en el desarrollo de su vida.

Es sumamente importante lograr esta coherencia interna en el pensar y decir, porque, de un lado, produce armonía, proporción, levedad, belleza, y, de otro, deja al trasluz el sentido más hondo de cada vocablo y cada idea. Un discurso bien ordenado resulta transparente y luminoso. Cada una de las ideas expresadas en él se convierte en una clave de interpretación de los temas tratados. Este tipo de expresión otorga seguridad en sí mismo al que habla y despierta confianza en quien oye.

Para conseguir ese poder de articular las ideas se debe adquirir la capacidad de ir a lo esencial y marcar los puntos decisivos de cada asunto. Tal radicalidad facilita pautas de interpretación de los diversos temas.

Las claves y pautas han de ser ofrecidas desde las urgencias concretas de los destinatarios. Todo cuanto se dice debe engranar inmediatamente en el espíritu de los oyentes a fin de que reaccionen creativamente y no se limiten a almacenar los datos recibidos. Este ajuste con el público sólo se da cuando el comunicante cultiva las relaciones humanas y sabe conectar con el dinamismo espiritual de las gentes.

Si se conocen a fondo los temas a tratar y se tiene flexibilidad espiritual suficiente para adaptarse a diversos públicos y situaciones, se está en disposición de conducir eficazmente un coloquio o debate, participar en él, realizar una entrevista, dinamizar un grupo de trabajo y convertir a cada participante en un centro activo de estudio y colaboración.

BEETHOVEN Y LA COMUNICACIÓN DE LA BELLEZA

Todos los grandes espíritus se han extenuado —como dice Platón de Sócrates— en la tarea de transmitir a sus semejantes la vibración interior que les producía el Bien, la Verdad, la Belleza. Beethoven, en su *Novena sinfonía*, intenta inmergirnos en el campo de la alegría y entusiasmo que se funda cuando los hombres se unen entre sí con una forma elevada de solidaridad. Comienza el cuarto y decisivo tiempo con un chirrido de la orquesta que todavía hoy nos estremece. Los violoncellos, que son el timbre más cercano a la voz humana, le dicen a la orquesta: «Esto no nos gusta.» La orquesta repite los primeros compases del primer tiempo y los violoncellos le indican que tampoco eso les satisface. La orquesta interpreta los primeros compases del segundo tiempo y los violoncellos vuelven a mostrar su desagrado. Lo mismo acontece con los compases iniciales del tercer tiempo. Entonces la orquesta insinúa el tema de la alegría y los violoncellos exclaman: «Ah, esto sí.» La orquesta entonces enmudece y los violoncellos, al unísono, hacen oír en pianísimo el tema completo de la alegría. Una vez concluido, entran otros instrumentos en juego y contrapuntean el mismo tema, entrelazando sus voces para ofrecernos un trasunto o modelo de la belleza sobrehumana que encierra la solidaridad humana. Al final toda la orquesta se une en una vibrante proclamación homofónica del tema. Pero la humanidad suele volver pronto a la disarmonía y la orquesta, para darle expresión, se precipita de nuevo en el chirrido anterior. A la vista de tal recaída, Beethoven advierte que no es

suficiente la música instrumental para hacerse entender y acude a la voz humana. Un barítono, con voz potente, increpa a la orquesta: «*Oh Freunde, nicht diese Töne, sondern lasst uns angenehmere anstimmen!*» («¡Oh, amigos, estos tonos no! Dejados oír otros más agradables»).

Al oír esta admonición, que escribió el mismo Beethoven, la orquesta, los solistas y el coro, representando a la humanidad entera, se aúnan para entonar el himno a la alegría, con letra de Schiller. La emoción culmina en el pasaje en el cual instrumentos y voces entonan un canto de adoración al «Padre que está por encima de la carpa de las nubes». Un pasaje que bien puede aducirse como ejemplo de sublimidad.

Beethoven, el hombre solitario que no vio realizado nunca su máximo anhelo de formar un hogar, supo entrever que el don más grande del hombre es la unidad con los demás hombres y con el Creador. Por eso, desde la terrible incomunicación de la sordera total, se esforzó en transmitirnos el mensaje más elocuente: el hombre encuentra su plenitud y desborda, por tanto, de alegría cuando funda auténtica unidad. No guardó su tesoro para sí. Llevó su lenguaje musical al extremo de sus posibilidades para elevar a las gentes a la cumbre de belleza y bondad que él vivía.

LA ALEGRÍA DE DIFUNDIR EL BIEN

El que es generoso y alberga un bien quiere difundirlo. Se convierte en guía de los demás. Este tipo de guía o líder no intenta guiar para dominar, sino para colaborar y enriquecerse mutuamente. Si nos unimos diversos movimientos e instituciones, podemos llevar a cabo una colosal labor de renovación interior, de formación sólida, de ayuda espiritual y material. Esta colaboración entusiasta será ya el comienzo para nosotros de la nueva civilización del amor que anhelamos, porque «amarse es mirar juntos en una misma dirección» (Saint-Exupéry), consagrarse a una gran misión común. He aquí la gran tarea a la que estamos llamados y que colmará nuestra existencia del gozo que produce la plenitud personal.

Estamos empeñados en la edificación de un mundo nuevo, un mundo que tenga el rostro siempre renovado que otorga la creatividad. En este capítulo sólo he querido mostrar de modo esquemático algunas de las etapas de este proceso. Se trata en principio de cambiar de ideal y seguidamente de adecuar todo nuestro ser a las exigencias de esta nueva meta. Nuestras actitudes morales, nuestro modo de pensar y valorar, nuestra idea de lo que son las realidades en torno..., toda nuestra conducta ha de adaptarse al ideal de la unidad. Tal adaptación supone poner en forma esas habilidades éticas que llamamos virtudes: ante todo, el amor a la verdad, la veracidad, y, por amor a la verdad, la tenacidad o constancia, la paciencia, la fortaleza, la piedad, la imaginación creadora...

Dicho todavía de modo más concreto. Nuestra tarea consiste fundamentalmente en ponernos a servir, ser útiles a los demás, *insertarnos activamente en el gran circuito del amor auténtico*. Al hacerlo, contribuimos a cerrar el círculo de amor que

dio origen al universo. Dios creó el mundo por amor. Crear por amor significa hacer a los hombres libres para que puedan volver voluntariamente a su origen y convertirse en portavoces del universo. El trigo bendice a Dios al madurar y dar alimento; el astro, al recorrer su órbita; la flor, al expandir buen olor... Dan gloria al Creador, pero no lo saben. Quien lo sabe es el hombre, tú y yo. Nosotros sabemos que damos gloria a Dios al ser fieles a nuestro destino, que es fundar modos relevantes de unidad. Al unirnos de verdad unos a otros y a Dios, volvemos a nuestro origen y con ello nos ponemos en verdad, nos alzamos a nuestra máxima dignidad, alcanzamos pleno desarrollo y autenticidad, y con nosotros el Universo entero. Una vez insertos en el circuito del amor, en el que todo cobra sentido, estamos motivados para cultivar nuestra inteligencia, aprender a pensar con rigor, querer lo valioso, suscitar los sentimientos más altos.

Si seguimos esta vía con perseverancia, nuestra vida se verá inundada de alegría, pues la alegría es, como decía bellamente Bergson, el signo de que la vida ha triunfado ⁵. No hay triunfo mayor que el consagrarse a hacer el bien. El gran Goethe solía recomendar: «No tardéis en poner en juego las fuerzas del bien.» El apóstol Pablo exhortaba a los primeros cristianos: «No os canséis de hacer el bien.» El bien supremo viene dado por la fundación de los modos más valiosos de unidad. Esta tarea confiere a nuestra existencia plenitud de sentido. Llevarla a cabo debe ser nuestro ideal.

⁵ Cf. *L'énergie spirituelle*, PUF, París, 1944³², pág. 23.